

## AGENDA CIUDADANA

### MEXICO, BORINQUEN Y EL METODO COMPARATIVO

Lorenzo Meyer

**Una Propuesta.**- Nuestros juicios sobre los grandes eventos e ideas del pasado están muy condicionados por el contexto en que se formulan. Así, por ejemplo, plantear la naturaleza del nacionalismo mexicano en la época cardenista –en un México pobre pero confiado en su proyecto de futuro-- es diferente a hacer eso mismo en la actualidad, cuando la crisis económica lleva más de veinte años de haberse instalado entre nosotros, cuando la democracia alcanzada tras un largo esfuerzo muestra una calidad muy pobre, cuando hay un Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN) que ha llevado a tener exportaciones por 120 mil millones de dólares al año a Estados Unidos pero que no saca a la economía del estancamiento, etcétera.

En el pasado, sostener que el nacionalismo en Puerto Rico era un éxito, hubiera sido reprobado en América Latina. Sin embargo, hoy resulta posible discutir con buenos argumentos una tesis que sostenga precisamente lo entonces inaceptable: que Puerto Rico puede verse como un caso exitoso de nacionalismo intermedio y que el de México, mucho más radical, ya no está dando resultado, está atorado.

Quien sostiene un punto de vista positivo respecto al nacionalismo puertorriqueño lo hace a contracorriente de lo que fueron hasta no hace mucho las ideas dominantes en México. La isla caribeña ocupada por la armada norteamericana en 1898 sigue sin ser una comunidad independiente y carece de una soberanía plena, pero ello no le ha impedido desarrollar una identidad nacional que le ha permitido un espacio de autodeterminación. Este planteamiento no sólo es interesante, sino que ofrece la posibilidad de contrastarlo con nuestro propio caso, pues en las muchas diferencias y algunas similitudes se pueden encontrar interrogantes que deben plantearse hoy de cara

al proyecto nacional mexicano (véase a Bárbara Zepeda, “El nacionalismo en Puerto Rico. Fracaso y adaptación exitosa”, tesis de licenciatura, El Colegio de México, 2003).

**Un Concepto Elusivo.**- Antes de entrar al caso concreto, es necesario enfrentar el problema del concepto. Justamente por la ambigüedad del fenómeno es que hay un buen número de definiciones de nacionalismo. Intuitivamente sabemos cuando estamos ante una manifestación de carácter nacionalista, pero eso no facilita la definición. El nacionalismo, señaló ya Ernst Gellner, no es otra cosa que una construcción ideológica que tiene que ver con el poder y cuyo objetivo último es lograr que la unidad política y la unidad nacional sean congruentes entre sí. (**Nations and Nationalism**, Cornell University Press, 1983, p. 1) Esta forma de encarar el tema lleva de inmediato a preguntarse por la nación. Montserrat Guibernau propone verla como un grupo humano que ha adquirido conciencia de su unidad frente a grupos similares debido a que considera que comparte una cultura, que tiene un pasado común, que está ligado a un territorio específico, que ha dado forma a un proyecto colectivo de futuro y, sobre todo, que reclama la autodeterminación política pues se considera soberano o, al menos, con el derecho a serlo. (**Los nacionalismos**, Barcelona: Ariel, 1996, p. 58)

Esta definición, que resalta el tema de lo que Puerto Rico sólo tiene parcialmente, la autonomía, se complementa con la de Benedict Anderson que pone el acento en el elemento subjetivo; aquí el nacionalismo está íntimamente ligado al sentimiento que una comunidad ha logrado, tras una variedad de procesos históricos, imaginarse a sí misma como tal. (**Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism**, Ed. Rev., Londres: Verso, 1991) Desde luego que detrás de ese fenómeno de imaginación colectiva –siempre iniciado como idea de una minoría que sólo adquiere fuerza política cuando es capaz de abarcar a la gran mayoría— hay una combinación exitosa de voluntad y objetivos. Como bien lo ha observado Eric Hobsbawm, no en todas las

comunidades donde aparecen esos elementos objetivos –lenguaje, experiencia histórica común, identidad con un territorio-- han surgido naciones y nacionalismo; el componente subjetivo es determinante para formar una comunidad nacional. (Nations and Nationalism since 1780: Program, Myth, Reality, Cambridge University Press, 1992, p. 5)

Borinquen.- Puerto Rico es la más pequeña y oriental de las Antillas Mayores: una superficie de 9, 104 mil kilómetros cuadrados y una población de 3.9 millones de habitantes. Se trata de una sociedad que desde la llegada de los españoles en el 1493 perdió su independencia y nunca la volvió a recuperar, pero que hoy es la comunidad de América Latina con mayor ingreso por habitante y cuenta con una economía donde la actividad industrial aporta el 42.8% del PIB, el comercio, las finanzas y los servicios el 36.5% y sólo el 0.7% proviene de la agricultura. Su larga dependencia del azúcar es ya sólo recuerdo. El comercio exterior de Puerto Rico se concentra con Estados Unidos en un 88.5% pero su ingreso per cápita –dato importante— es de 11, 783 dólares anuales.

Puerto Rico se convirtió en colonia norteamericana justamente cuando acababa de arrancar a España una Carta Autonómica (1897) que abría las puertas de las Cortes españolas a los delegados de la isla. Esa autonomía frustrada fue resultado tanto de las presiones generadas por la guerra de independencia en Cuba como de las acciones de los primeros nacionalistas criollos de la isla. Tras dos años de control militar directo, el congreso en Washington creó una administración para Puerto Rico con un gobernador y un consejo ejecutivo, ambos nombrados por el presidente norteamericano, más una Cámara de Delegados electa en la isla. Los portorriqueños recibieron la nacionalidad americana justo a tiempo para ir al frente en la I Guerra mundial.

El nacionalismo de la isla surgió primero un puñado de intelectuales del siglo XIX y más tarde abarcó a miembros de la pequeña clase media pero que sólo con el paso del tiempo y un trabajo político logró saltar las barreras del elitismo original y encontrar

lugar entre las ideas de las clases trabajadoras. Ese nacionalismo elitista e hispanófilo personalizado por Pedro Albizu Campos (1891-1965), buscó la independencia incluso por la vía violenta. De los actos más sonados de ese grupo fueron los atentados fallidos de 1950 contra el gobernador de la isla y contra el propio presidente Harry Truman, más un ataque en el interior del Capitolio en Washington, en 1954. El otro nacionalismo, el llamado “intermedio”-- ese que en su momento no fue considerado como tal en América Latina, lo personificó Luis Muñoz Marín (1898-1980), abogado e hijo de una figura destacada de la vida política portorriqueña. En el inicio, Muñoz Marín exigió la independencia, pero en un complejo cambio que mezcló el oportunismo con una visión muy realista sobre la inviabilidad económica de la isla, lo convirtió en el arquitecto de la autonomía puertorriqueña. Muñoz organizó el Partido Popular Democrático (PPD), le dio bases sociales masivas y corporativas, a la vez que logró el apoyo norteamericano para que la isla pudiera elegir a su gobernador y a su congreso. De 1948 a 1964 Muñoz Marín gobernó Puerto Rico con una mezcla de populismo y autoritarismo. Lo anterior, más una serie de fuertes inversiones públicas --dentro del esquema del “Nuevo Trato” de Franklin Roosevelt y del “Estado Benefactor”--, reforma agraria y migración a Estados Unidos, llevaron a disminuir la notable pobreza de la isla y a que en 1952 triunfara el proyecto del PPD que se proponía hacer de Puerto Rico algo muy raro en el sistema internacional: un estado libre pero no independiente, sino asociado a Estados Unidos, status que fue ratificado por un plebiscito en 1967 y más tarde por otro en 1993.

Con la autonomía, Puerto Rico retornó al español como lengua oficial y núcleo de su sistema educativo. El mantener la ciudadanía norteamericana no le impide contar con su propia bandera y otros símbolos nacionales. Al lado del “nacionalismo intermedio” de Muñoz y del nacionalismo radical de Albizu --que fue perseguido-- surgió y se desarrolló una tercera corriente: la antinacionalista y anexionista, cuya meta es lograr para Puerto

Rico lo que alcanzó Hawai: ser un estado más de la Unión Americana. Hasta hoy, ni el anexionismo ni el independentismo han podido imponerse a ese híbrido que es el “nacionalismo intermedio” boricua. En 1951 Estados Unidos dio a Filipinas su independencia pero Puerto Rico no se decidió por ese camino.

El nacionalismo intermedio de Puerto Rico se considera a si mismo realista. Parte de aceptar la inviabilidad económica de la isla sin mantener una estrecha liga con Estados Unidos: trato económico preferencial a cambio de soberanía, pero manteniendo autonomía interna, su “personalidad histórica” y el rechazo a la “americanización”.

La Comparación con México.- El nacionalismo mexicano es más viejo y complejo que el puertorriqueño. Su origen es el patriotismo de criollos ilustrados del siglo XVIII y del culto guadalupano de indios, mestizos, criollos y españoles. Ese nacionalismo que llevó a un puñado de criollos y mestizos a declarar la separación de España al inicio del XIX, saltó de manera muy confusa a las masas por la vía de una brutal guerra de clases y razas. Las luchas contra el invasor externo en el siglo XIX, más contra los franceses que contra los norteamericanos, ahondó sus raíces populares pero sólo hasta que la educación se hizo masiva tras el triunfo de la Revolución de 1910, realmente se logró que el sentido y sentimiento de la mexicanidad fuera claramente mayoritario.

A diferencia de Puerto Rico, México --un país con una población 26 veces la de la isla y una superficie 215 mayor, pero con un ingreso per capita que es la mitad del puertorriqueño--, pegado a Estados Unidos, si logró imponer y sostener su soberanía formal, aunque se trató de una soberanía acotada. Al final, y tras muchos conflictos, Estados Unidos aceptó convivir con una gran autonomía mexicana en la conducción de su política interna, pero claramente limitada en asuntos que afectaran al interés nacional norteamericano. (Véase a Mario Ojeda, Alcances y límites de la política exterior de México, El Colegio de México, 1976).

Si a mediados del siglo pasado, los nacionalismos de México y Puerto Rico estaban tan separados que parecían antitéticos, todo indica que al inicio del siglo XXI se han ido aproximando tanto que amenazan con parecerse y no por que México así lo haya querido, sino que ha sido arrastrado ahí por sus errores. Hace cincuenta años, el PPD de Muñoz Marín y el PRI se parecían en organización y funcionamiento, pero el primero estaba decidido a impedir la independencia en aras del desarrollo económico mientras que el otro se decía igualmente decidido a usar el crecimiento económico para ampliar su independencia frente a Estados Unidos. En Puerto Rico el desarrollo económico significó ahondar la dependencia respecto de Estados Unidos y en México ensanchar la distancia frente al vecino del norte por la vía de la protección y el apoyo al mercado interno. Hoy se ve que el proyecto integracionista del PPD funcionó, pero el independentista del PRI, no.

Puerto Rico sigue en la misma trayectoria de hace 51 años, pero México cambió la suya en 180 grados con el TLCAN y, sin decirlo, la aproximó a la portorriqueña. Hoy el comercio exterior de México y Puerto Rico están ligados en la misma proporción a Estados Unidos y en los dos países la inversión norteamericana es dominante. La migración de puertorriqueños a Estados Unidos fue la gran válvula de escape a la falta de trabajo, hoy es lo mismo para México con más de 8 millones de ciudadanos residiendo en Estados Unidos, pero sin tener la protección legal que los portorriqueños tienen pero eso es justamente lo que hoy busca el gobierno mexicano ya que China le esta quitando las posibilidades de crear empleos en México. Las similitudes pueden ser más, pero hay una gran diferencia: el ingreso per cápita en México es la mitad que el de la isla.

Reflexión.- ¿Qué hay del esfuerzo de dos siglos por lograr la independencia de México y consolidar su nacionalismo? al final ¿México se encamina, en los hechos, a ser también estado asociado? ¿En las condiciones actuales es incompatible la independencia

con el crecimiento económico? ¿Será sólo la preservación de la “identidad cultural” lo único que podamos salvar del desastre? Son preguntas, pero la respuesta urge.

Nota al Pie.- Dejó de existir don Luis González y González, el historiados más importante en el México actual. Se fue cuando México está en vilo. En sentido estricto no lo perdimos, hace tiempo que lo hemos incorporado a nuestra visión del país.